

CICERON TRADUCTOR

La personalidad de Cicerón es una de las más ricas y fecundas de su época y, también, la que más proyección ha tenido a través de los siglos. Los tratadistas dividen la época clásica de la Literatura latina en dos períodos: el propio de Cicerón y el que sigue a Cicerón. Cicerón, pues, en el centro, dando nombre, luz y contenido a un siglo en el que brillaron también otros astros de primera magnitud. Cicerón se ganó este caudillaje literario por méritos innegables, recogidos a lo largo de una vida toda plenitud y laboriosidad. Su producción, teniendo en cuenta su dedicación a la política y sus continuos achaques, como el mal de ojos ¹, fué asombrosa para su tiempo y lo es también para el nuestro. Asombrosa por la cantidad y por la variedad, pues ensaya con profusión casi todos los géneros literarios. Solamente los géneros dramático e histórico permanecieron ajenos a su pluma. De haber vivido más tiempo, sin duda que habría intentado arrebatarse también la palma a los grandes historiadores latinos y aún a los griegos. Sí sabemos, por sus obras, que le gustaba hacer incursiones por el campo de la historia patria y que lo hacía con gran maestría, como lo prueba, entre otros, su tratado «*De Republica*». Michel Rambaud, nos ha dado una curiosa monografía sobre «Cicéron et l'histoire romaine» (París, Les Belles Lettres, 1953).

Pero dejando a un lado todas las otras actividades de Cicerón, que son múltiples y hasta de mayor relieve, vamos a fijarnos sólo en su condición de traductor.

¹ Cf. R. OLAECHEA, *Humanismo y humanidad de M. Tulio Cicerón*, en «Humanidades», 10 (1958), pp. 28-31.

«Helmántica», 30 (1958).